

“El ocaso del “villero” y la profesionalización de los “políticos”: sobre el problema moral de la política en el Gran Buenos Aires”; *Etnografías Contemporáneas*; 1(1): 98-125.

Sabina Frederic*

Introducción

Los acontecimientos que relataré a continuación, situados en una densa trama de prácticas en el sentido bourdiano, constituyen la ventana a través de la cual propongo mirar una de las corrientes que, al menos desde la década de 1980, inundó el campo político argentino. Ningún ciudadano argentino es ajeno a la idea según la cual los “políticos” están faltos de decencia y honestidad, porque sus prácticas son corruptas y/o clientelares. Así pues, dichos acontecimientos iluminarán esta compleja cuestión de la “falta de moralidad” que, claramente, aqueja a la política en general y a los “políticos” en particular.

Como sabemos, cualquier intento etnográfico para abordarla debe partir por indagar la perspectiva de los actores comprometidos con la configuración del campo, en dichos términos. La opción aquí elegida consiste en atender a las prácticas de quienes estuvieron comprometidos con el gobierno municipal de Uriarte -una ciudad de casi 700 mil habitantes en el Gran Buenos Aires-; precisamente porque también para ellos el problema de la política era fundamentalmente moral. ¿Qué implicancias tenía esta visión en ese contexto?, ¿cuáles eran las condiciones sociales e históricas que empujaban a funcionarios, militantes, “villeros” y vecinos a pensar el campo político de ese modo; y cuáles sus prácticas para acabar con dicho problema?

Este artículo tiene el propósito de mostrar que el problema moral de la política y la profesionalización de los políticos fueron, en Uriarte, una misma cuestión, y que esta conexión puede apreciarse en la silenciosa pero progresiva expulsión de los “villeros” de la carrera política a la que habían ingresado a comienzos de la década de 1980. Finalmente, demostraré el argumento principal de este trabajo, que las razones de tal conexión residen en que la profesionalización de los “políticos” se alimenta de las relaciones de poder entre los desplazados y los establecidos -“villeros” y vecinos respectivamente- que constituyen sociológica y culturalmente a la ciudad en Buenos Aires.

* Ph.D. en Antropología Social, Universidad de Utrecht, Holanda. Profesora de la Universidad Nacional de Quilmes. Investigadora del CONICET.

Asumir que la relación entre moral y política puede iluminarse pensando la profesión política como un proceso no teleológico, pero social e históricamente condicionado (Bourdieu, 1999; Philippeau, 2001) supone concebir a la etnografía como una disciplina capaz de fertilizar ciertos conceptos de la teoría social. Concretamente, permite ofrecer una perspectiva complementaria sobre el ocaso y emergencia de las “identidades políticas” en este período, situándolas justamente en procesos, relaciones y contextos hasta ahora soslayados. Quiero analizar justamente el proceso de profesionalización, esto es de configuración y definición práctica de los “políticos”, hasta ahora uno de esos factores desconsiderados¹.

El argumento en cuestión es el que explica el origen de nuevas identidades políticas como la del “piquetero”, la del “vecino” o la del “pobre”, como la expresión de un lazo territorial de carácter primordial que sobrevivió entre quienes, excluidos por el conjunto de las políticas neoliberales, perdieron otros lazos, particularmente el del trabajo (Auyero, 2001; Svampa y Pereyra, 2003). Como se señala, una suerte de “originaria vocación por la autonomía, subsumida o neutralizada por las estructuras clientelares del Partido Justicialista” contribuyó en la década de 1990, luego de liberarse de éstas, a forjar una identidad territorial “entre la ruta y el barrio” (Svampa y Pereyra, 2003:42). Por el contrario, en medio de esa misma desertificación organizativa que siguiendo a Loïc Wacquant (2001), Javier Auyero descubre entre los “pobres excluidos” del Gran Buenos Aires residentes en villas miseria, que las relaciones clientelares no dejan de proporcionar una red de contención casi vital donde el Partido Justicialista permanece en pie, ideológicamente vacío, pero motorizado por una esencia que *performar* (Auyero, 2001:135). Estos autores, realizan como se ve, un mismo diagnóstico sobre el origen de las identidades analizadas, anclado en la exclusión y la desertificación organizativa, pero encuentran respuestas radicalmente diferentes entre los “excluidos”. Mientras Auyero muestra la promoción del peronismo de los lazos territoriales de la villa - fenómeno que también sostendrá Steven Levitsky en relación con la adaptación del peronismo al neoliberalismo menemista (2001, 2002)-, Maristella Svampa y Sebastián Pereyra niegan toda conexión y señalan tal lazo como uno de absoluta autonomía respecto de los dirigentes políticos tradicionales². Puede apreciarse lo que este desacuerdo nos pone en la superficie, primero la escasez de comparación, y segundo, una cierta dificultad para comprender la variabilidad en el comportamiento de quienes se presupone son parte de un mismo universo: los “excluidos del Gran Buenos Aires”.

Según sostendré, la aleatoriedad que la comparación entre tales análisis revela deriva de la tendencia a explicar el sentido de las prácticas por el origen, en este caso la “exclusión” económica, social y política, y por ello a perder de vista el valor de la lógica de las relaciones entre las distintas categorías sociales para la inteligibilidad. Quiero mostrar con este trabajo que la indeterminación de tal variabilidad reside en el hecho de que ambos análisis oscurecen la posición de los políticos, funcionarios y dirigentes, quienes encarnan al Estado, y el modo en que ésta resulta de variaciones de una relación de poder entre los establecidos y los desplazados en la ciudad. Es sobre esta relación que, al tiempo que se configura la profesión política, se redefinen sutil pero significativamente las categorías políticas tales como: “villero”, “vecino”, “pobre”, “excluido” o “piquetero”.

Como señala Norbert Elias, la exclusión y la estigmatización de los desplazados por el grupo de los establecidos son poderosas armas para que los segundos afirmen su superioridad e identidad (1998:xviii). Pese a las variaciones que pudieran encontrarse en las configuraciones de establecidos y desplazados, la deprivación/enaltecimiento moral es una de las regularidades estructurales muchas veces opacada por el énfasis analítico puesto en las relaciones de clase o étnicas, como fuente de dominio, asegura Elias. La otra regularidad reside en el hecho que esas evaluaciones morales giran en torno a la polaridad permanencia/transitoriedad en la residencia. Según dicho autor la superioridad moral de los establecidos en Winston Parva, el pueblo que analiza, se funda en la capacidad de este grupo de aumentar su cohesión a través de la comunalidad de las normas. Para ello es condición necesaria un prolongado período de residencia en el pueblo que defina los límites de la sociabilidad del grupo de establecidos, y excluya todo contacto social no ocupacional con los desplazados. Pero en Uriarte, un factor también importante es el hecho de que los establecidos poseen recursos para, aún cuando entre ellos se incorporen “recién llegados” -o el tiempo y estabilidad de residencia entre los desplazados sea lo suficientemente prolongado como para generar cierto ajuste moral- constituir a estos últimos en eternos “recién llegados”.

Las evaluaciones morales que operan en la relación entre unos y otros son el recurso mediante el cual se reconstituye permanentemente tal diferencia de poder. Como mostraré aquí, el equilibrio de poder entre “villeros” y “vecinos” dependerá de evaluaciones morales que actúen directa o indirectamente sobre el incremento de la idea de transitoriedad en la residencia de los primeros. Ésta es la deprivación de valor que favorece a los establecidos (Elias, 1998:xxxiv). Precisamente en Uriarte, los

funcionarios municipales han sido activos agentes de dicha diferencial de poder interviniendo en el ajuste de las evaluaciones morales capaces de ahondar o bien acotar la diferencia de poder entre “villeros” y “vecinos”. Aún más revelador es el hecho de que esta dinámica les ha permitido al menos en los últimos 30 años definir su propia carrera política; es decir, quiénes pueden ser “políticos” y en favor de quiénes pueden “hacer política”. Tal como señala Norbert Elias (1998), para los habitantes de Winston Parva es importante entender cómo se producen los movimientos en un sentido y en otro. Justamente, sostendré aquí que el hecho de que desde fines de la década de 1980 la política se haya convertido en un problema moral en Uriarte se debió a un cierto movimiento en la profesionalización de los “políticos”, cuyo particular acento estaría puesto en opacar el peso que hasta entonces tenía la “causa villera”.

Visto en el mediano plazo tal proceso significaba, por las razones que ofreceré a continuación, una redefinición de las categorías políticas centrales. Entre ellas, el dirigente “villero” tendió a desaparecer en favor de un “político” más profesional y establecido en el campo político, claramente diferenciado de los no-políticos, miembros éstos de una comunidad de “vecinos” pretendidamente más moderna y democrática, frente a una antes conformada por los “villeros”. La diferencial de poder entre “villeros” y “vecinos”, desplazados y establecidos en Uriarte, dio un giro que comprometía moralmente a los “políticos”, pues debían imaginar una comunidad política de referencia donde los “villeros”, sus aliados y compañeros de ruta, quedaran desdibujados³. Para comprender la naturaleza y alcances de dicho giro será necesario atender a las prácticas y los procesos mediante los cuales las categorías tales como “políticos”, “villeros” y “vecinos” se redefinen.

La sucesión política frente a un horizonte de continuidad democrática

A fines de la década de 1980 ciertas prácticas políticas ponían en evidencia un hito inédito para el campo político, la apertura de un horizonte de continuidad democrática en el cual los políticos veían una expansión ilimitada de sus carreras políticas; nunca antes experimentada. Este “crecimiento político” exigía la redefinición de procedimientos y reglas sucesorias, entre ellos los propios actos electorales dependerían de evaluaciones morales en torno a quiénes y cómo permanecerían y/o ascenderían en la carrera política. Entonces, operó con fuerza la distinción “villeros/vecinos” para incorporar o expulsar aspirantes al crecimiento o incorporación a la carrera política⁴.

Vale destacar, que desde que en 1948⁵ el Movimiento Peronista comenzó a competir en las elecciones municipales y hasta 1999, las autoridades del municipio de Uriarte fueron siempre peronistas. Sin embargo, entre 1955 y 1976 sus gestiones fueron, como en el resto del país, varias veces interrumpidas por sucesivos golpes militares. La última interrupción se extendería hasta diciembre de 1983. Por este proceso, los últimos años de la década de 1980 tomaron un cariz particularmente significativo. No sólo porque, luego de muchas décadas, un gobierno constitucional llegaba al fin de su mandato, sino también porque en 1989, por primera vez en la historia política argentina, un presidente constitucional de la Unión Cívica Radical le pasaba el mando a otro del Partido Justicialista. Carlos Menem asumía, en esta oportunidad, luego de seis años de gobierno de Raúl Alfonsín, iniciados al término de la última dictadura militar (1976-1983). En esta circunstancia, la continuidad institucional también quedaba ratificada por el control de las rebeliones militares “carapintadas” de 1987 y 1988, que habían disipado por completo los temores a otro golpe de Estado. La continuidad del régimen democrático parecía garantizada y, entonces, por primera vez en muchas décadas, el horizonte de crecimiento se ampliaba para los políticos lenta pero indefinidamente.

Entre 1987 y 1991 que Mauro Villegas, quien se desempeñaba como diputado nacional de la provincia de Buenos Aires por el Partido Peronista, aspiraba firmemente a ocupar el cargo de intendente municipal de Uriarte durante el período 1991-1995. Como solía hacer, cuando se trataba de comunicar decisiones políticas, a mediados de 1989 citó a Esteban y a Jorge a su casa particular. Ellos eran dos de los siete “dirigentes villeros” incorporados a la función pública municipal en 1984, cuando Eduardo Duhalde asumió el cargo de intendente municipal de Uriarte por el Partido Justicialista. Esteban y Jorge eran de El Faro, uno de los barrios con mayor número de lotes de tierra “tomados”⁶. Desde aquel entonces, su misión había sido la de convocar a los “villeros” de todo el municipio a las movilizaciones que semanalmente hacían a la ciudad de La Plata, para presionar a los diputados por la sanción de las Leyes de Expropiación de Tierras urbanas de Uriarte. Villegas, o Mauro, como se referían a él los más allegados, los hizo pasar a su casa, les ofreció un mate y les dijo seria pero decididamente lo siguiente:

“De ahora en adelante se acabaron las movilizaciones a La Plata. Estamos entrando en una nueva época sin espacio para esta clase de actividades políticas. Tenemos que hacer las cosas de otra manera...”

Esteban y Jorge sintieron que les “cortaban las piernas”. Las movilizaciones eran la sustancia de su trabajo político y encarnaban la esperanza de miles de compañeros “villeros” a los que, por más de cinco años, les habían dicho que la expropiación de tierras sería la solución al problema de las “villas”. Las palabras de Villegas revelaban el inicio de una época de gran incertidumbre para los “dirigentes villeros” y los “villeros”. Paradójicamente, tal ausencia de certeza sobre el futuro no ocurría bajo un régimen dictatorial, sino bajo gobiernos -nacional, provincial y municipal- peronistas, los que solían llevar cierta seguridad, tranquilidad y certidumbre a los “villeros”.

Tal tensión, reflejada en la decisión del diputado Villegas, era parte de un proceso que involucraba a “villeros”, “vecinos” y funcionarios municipales, y en medio del cual los “políticos” intentarían resolver ciertos problemas endógenos al campo (Bourdieu, 1999). El crecimiento político de los “villeros” y la presión que la posibilidad de su acceso a cargos de funcionarios municipales producía entre los dirigentes y funcionarios políticos no villeros, era una de las cuestiones que imponían a la sucesión política desafíos y exigencias que requerían cierta atención.

Particularmente, el fin de las “movilizaciones” a La Plata significaba a escala municipal la culminación de un período signado por el principal “proyecto político” del peronismo uriartense entre 1983 y 1990: el “Proyecto de Tierras”. Considerando las actividades nombradas bajo la categoría de “proyecto político” como el núcleo práctico de la configuración profesional de los políticos en un tiempo dado, quiero mostrar cómo esa decisión dislocaba un componente clave de la misma, las evaluaciones morales mediante las cuales aquellos definían la comunidad imaginada de referencia política. Precisamente, porque la profesionalización de los “políticos” dependió de la respuesta a esta pregunta moral, para quiénes o por quiénes hacen su trabajo, el “proyecto político” tuvo que definir en ese momento y durante la década de 1990, la comunidad imaginada de referencia política. Con el “Proyecto de Tierras” los funcionarios peronistas se habían situado en una de las relaciones más ríspidas de la vida urbana argentina, la que ha existido entre “villeros” y “vecinos”⁷. Las características y consecuencias morales de aquella toma de posición y su ruptura derivarían en el “proyecto político” que posteriormente dominaría la escena uriartense, llamado “Proyecto Uriarte” (Frederic, 2004). Veremos, en el giro de la posición de los funcionarios, el sentido de su intervención en esa diferencial de poder a favor de los establecidos, los “vecinos”, y un “político” también más establecido. El recurso con el cual algunos dirigentes peronistas

consiguieron alcanzar las altas esferas de gobierno se constituyó en un pilar fundamental de la profesionalización de los políticos hasta fines de la década de 1980.

La transitoriedad residencial y la constitución de los desplazados en Uriarte

Uriarte es uno de los 24 municipios que integran el Gran Buenos Aires, o Conurbano, como se denomina al conjunto de distritos que rodean la Ciudad de Buenos Aires, y que forman con ella la principal área metropolitana de la Argentina. Cuenta con 590.677 habitantes y una superficie de 89 km². El centro político, cultural y comercial de Uriarte creció a ambos lados del ferrocarril que la comunica con la ciudad capital, situada a 18 kilómetros al norte. Fue fundada en 1864 por un grupo de “vecinos” encabezados por Tomás Grigera, separándose del municipio de Barracas al Sur, hoy Avellaneda. En ese tiempo la fisonomía de Uriarte era más rural que urbana, al estar conformada por un conjunto de chacras y un pequeño casco urbano.

Su urbanización, como la de otras ciudades del Gran Buenos Aires, se produjo por la llegada de dos corrientes migratorias: los extranjeros provenientes principalmente de Italia y España entre 1900 y 1930; y los migrantes internos entre 1930 y 1980. La primera tuvo un alto impacto en la definición de las áreas centrales, mientras la segunda definió el poblamiento de la periferia (Torres, 1993:11). Las migraciones internas constituyeron hasta el 80% del crecimiento poblacional de toda el área metropolitana entre 1935 y 1980. Cabe destacar que desde 1940 el crecimiento de la metrópolis resulta directamente del crecimiento del Gran Buenos Aires, porque la ciudad de Buenos Aires dejó, por ese entonces, de crecer (Lattes y Lattes, 1992:178-179, 183). Como es sabido, el proceso de industrialización sustitutivo de importaciones y de políticas tendientes a la redistribución del ingreso (Torres, 1993:46) atrajo población hacia ciudades como Uriarte, por las facilidades en el acceso a la tierra urbana, limitada por el alto valor inmobiliario de la Ciudad de Buenos Aires.

La periferia de Uriarte se pobló y urbanizó con las sucesivas oleadas de migrantes provenientes de las provincias argentinas y las de los países limítrofes, y escasa inversión estatal⁸. En este período, los recién llegados poblaron la periferia, la cual se extendía progresivamente hacia el área de tierras anegadas por los arroyos de la cuenca del río Matanza, ubicada al norte de la ciudad y contigua a la Ciudad de Buenos Aires. Los migrantes que ocuparon la periferia eran tanto aquellos que, atraídos por loteos baratos intentaban comprar, como aquellos que, incapaces de afrontar una cuota mensual, terminaron decidiendo la “toma” de un lote. Con el paso de los años las

dificultades para pagar las cuotas de la financiación, y las estafas que llevaron a cabo algunos vendedores, dejaron a la mayoría de los vecinos de la periferia sin posibilidad de alcanzar la propiedad de su parcela. De este modo, la periferia de Uriarte, identificada por los “vecinos” como el Cuartel IX°, incluía un amplio espectro de situaciones irregulares en la tenencia de la tierra, que hacían de ésta un área homogénea, frente a la ausencia de tales problemas entre los “vecinos” del centro de la ciudad. Tanto quienes habían pagado todas las cuotas pero no habían tenido la posibilidad de escriturar, como quienes habían accedido al lote por fuera del mercado inmobiliario, vivían en la periferia. Así, la ciudad de Uriarte se caracterizaría menos por la diferenciación en áreas industriales, comerciales y de residencia -como sucedía con las ciudades de Lanús y de Avellaneda- que por barrios residenciales de distinta jerarquía y prestigio, es decir de población establecida y desplazada.

De tal modo, a comienzos de 1980, Uriarte contaba con población establecida en los barrios céntricos, y población que engrosaba las filas de los recién llegados – desplazados- en la periferia. Esta división, producida por un proceso social complejo, quedaba reflejada en los conceptos que usaban los pobladores para designarse entre sí. La permanencia -y su opuesto, la transitoriedad- era el criterio que organizaba la oposición entre “vecinos” y “villeros”, el mismo que luego fuera usado por las políticas orientadas a resolver el problema de la tierra. Genéricamente, en los barrios del centro, sus pobladores pertenecían al grupo de los “vecinos”, residentes concebidos como largamente afincados, mientras en la periferia, donde regularmente llegaban nuevas oleadas de recién llegados del interior del país o de países limítrofes, los pobladores eran identificados o se identificaban a sí mismos como “villeros”, pobladores transitorios.

Entre los “vecinos” existía una pequeña elite local que representaba para los demás “vecinos”, incluidos los políticos, el estilo de vida más radicalmente opuesto al “villero”. Aquella se alimentaría del establecimiento de los ingleses empleados por el Ferrocarril del Sud a fines del siglo XIX en la ciudad, y algunas de las instituciones fundadas por ellos⁹. De hecho, los barrios ubicados en las localidades de Hardland y Seafield, el Club Uriarte, y los Colegios Barker, Saint Albans, Balmoral y Shakespeare, la mayoría de los cuales fueron fundados entre 1895 y 1940, se convirtieron en el foco de la vida social de esta elite local. En efecto, el “estilo inglés”, inaugurado primero por los empleados de mayor jerarquía del Ferrocarril del Sud, perduró al ser apropiado, consumido y transformado por los uriartenses. Profesionales, comerciantes e

industriales exitosos trabaron relación entre sí por medio de esas instituciones. Mientras practicaban en el club deportes “inglés”¹⁰ como el rugby, el tenis, el hockey o el golf, o llevaban y traían a sus hijos del conjunto de actividades que los colegios bilingües proponían; recreaban un estilo de vida más británico y cosmopolita, que nacional y criollo. Esta tendencia responde en algún sentido al proceso de hibridación, caracterizado por el pluralismo y la generalización, que encontró Eduardo Archetti en el campo deportivo de comienzos del siglo XX en la Argentina (1999: 28), pero subraya su manipulación hacia la autenticidad y tradición de “lo inglés” y la distinción, en este otro proceso de lucha entre establecidos y desplazados. Tales ámbitos superpuestos y encadenados de sociabilidad entre tales “vecinos” establecidos y las evaluaciones morales que los valoraron le dieron al grupo una cohesión reforzada por las relaciones laborales, personales y de parentesco que desarrollaron a lo largo del siglo XX.

La distinción entre “villeros” y “vecinos” es también una diferencial de poder que organiza de manera conflictiva los encuentros en la ciudad. Cuando en situaciones cotidianas, las personas traban relación como “villeros” y “vecinos”, los primeros suelen ser evitados por los segundos, a menos que el contacto esté relativamente pautado, como sucede entre empleado y empleador en el trabajo. Cuando ésto no ocurre la sensación de contaminación de los “vecinos” y el deseo de los “villeros” de molestarlos es, con frecuencia, muy evidente.

“Cuando voy en el colectivo y por ahí estoy todo sucio porque vengo de laburar, veo a los copetudos de saco y corbata que andan corriéndose de al lado mío para no tocarme. Entonces yo me acerco más, y más, para ponerlos nerviosos. Sí, soy villero, pero no soy sucio, vengo de laburar” (Alfredo, de Villa La Rosa, Uriarte).

Tal fricción ha resultado no sólo de la desigualdad y/o de la exclusión económica, o de la discriminación étnica de quienes con extrema frecuencia presentan fenotípicamente rasgos indígenas, sino también de la valoración de la permanencia en la ciudad y la consiguiente estigmatización de los “villeros” llevada adelante por los funcionarios públicos¹¹. Aun cuando algunos “villeros” tuvieran más años de residencia en Cuartel IX° que “vecinos” del centro, lo que han prevalecido son esas evaluaciones morales que destacaron la transitoriedad de su residencia. Ésta podía ser puesta de relieve debido a: las frecuentes oleadas de recién llegados que integraban esta población y a la irregularidad jurídica y urbana de la ocupación residencial. Es decir que no sólo cuenta el tiempo de residencia como factor de cohesión sino que el uso retórico y

práctico que se haga de él servirá para equilibrar o desequilibrar la relación de poder. Por ello, en Uriarte y posiblemente también en otras ciudades del Gran Buenos Aires, los desplazados se distinguen de los establecidos no sólo por sus ingresos sino por el modo en que las evaluaciones morales dominantes - de los primeros y alternativamente de los funcionarios públicos- justifican el desplazamiento en su transitorio, inestable y corto período de residencia en la ciudad.

También dicho mecanismo opera entre los mismos “villeros”, justificando procesos de diferenciación interna y desplazamiento relativo de los menos establecidos entre los desplazados. Cabe destacar que no existe tal diferenciación respecto de la población argentina frente a población boliviana o paraguaya. No están objetivamente los segundos más desplazados que los primeros, por el contrario, los dirigentes barriales muestran a veces preocupación por lo que denominan “su avance”: el hecho de que lleven sus hijos a escuelas de Capital Federal, que posean casas más altas y decoradas que las del resto, y/o automóviles más costosos; eso los torna peligrosos en la lucha contra el desplazamiento. Los argentinos villeros corren el riesgo de ser más desplazados que los bolivianos, es decir, de perder también en esta diferencial que en la villas les permite ser más establecidos que los últimos, incluso a los ojos de los funcionarios municipales. Como se ve, sin la variable permanencia es difícil comprender cómo juega la nacionalidad en las relaciones de poder en esta ciudad.

Los políticos uriartenses han operado de manera de incluir entre los desplazados a todos los residentes en la periferia inundable de la ciudad, genéricamente considerados los “villeros”, por un largo tiempo su comunidad imaginada de referencia política. Sin excepción, sobre esta valoración política han tomado posición las políticas públicas dirigidas a la población villera en el Gran Buenos Aires incluida la Capital Federal. Considerando que, cuanto mayor es la transitoriedad de los desplazados, mayor es la diferencia de poder con los establecidos y menor el conflicto entre ambos (Elias, 1994:xxxix), los políticos jugaron un papel crucial para ampliar o bien limitar, el dominio de los “vecinos” establecidos. De todos modos, en el caso particular de las políticas públicas peronistas su orientación, como mostraré, fue hasta finales de la década de 1980, la de reducir la transitoriedad aumentando el conflicto con los “vecinos” establecidos y la tensión de los funcionarios políticos con estos últimos.

Los “villeros” como causa política de los funcionarios municipales peronistas {TC "Los villeros como causa política"}

Claramente, la historia de las políticas de tierras es casi tan larga como la existencia de las “villas”, y si bien éstas no han sido uniformes, han pivotado en torno a un mismo eje: el aumento/disminución del desplazamiento de los “villeros”. Las políticas de “erradicación” fueron sin embargo la modalidad dominante de posicionamiento por parte de los gobiernos de la Ciudad de Buenos Aires hasta la década de 1980, con la consecuente expulsión de los “villeros” de la ciudad. Sin lugar a dudas, esas políticas acentuaron la transitoriedad de los desplazados. La misma designación oficial de los barrios de los “villeros” como “villas de emergencia”, durante los gobiernos no peronistas, daba cuenta de que se los consideraba como población en tránsito más que como “vecinos”.

Aún en el terreno de las explicaciones de la sociología argentina encabezadas por Gino Germani, las “villas” también eran consideradas un fenómeno transitorio producido por la reciente llegada de migrantes cuya “marginalidad”, sin embargo, dificultaba su integración a la vida urbana (1973:103). Justamente, señalaba Germani, esta fase transitoria era un obstáculo para su integración a la vida política moderna, y había contribuido a dar origen a un movimiento político, el peronista, de características premodernas y populistas (1973:91). La respuesta a esta concepción del problema desde el campo de la antropología social llegaría de la mano de Esther Hermitte (1983), quien desafió esa orientación funcional-evolucionista de Germani según la cual la población “villera” desaparecería con el advenimiento del progreso. A cambio propondría una visión de la inclusión efectiva de los “villeros” particular y subordinada, es decir, un tipo de “articulación social” (Hermitte et. al., 1983:157,158) antes que de marginación. Es decir que, desde nuestro punto de vista, esta última perspectiva contribuía a mostrar que la “transitoriedad” era una construcción sociológica, pues la relación de los “villeros” con la sociedad mayor estaba plenamente consolidada. No obstante, fue dicha construcción sociológica la que nutrió el campo de las políticas públicas a lo largo del siglo XX, incluso en los gobiernos peronistas de Uriarte de las décadas de 1970 y 1980 que se alimentaron de esta idea de la marginalidad como una situación de transitoriedad.

En efecto, la persistencia de las “villas” llevó a los funcionarios políticos de todos los gobiernos a tomar medidas. Así, se fueron sucediendo acciones de distintos gobiernos para eliminar las “villas” de la Capital Federal, medidas que contribuyeron en la

mayoría de los casos a sostener o profundizar el carácter transitorio de la residencia de sus pobladores. Durante ciertos gobiernos, tanto militares como civiles, la eliminación significaba la relocalización en viviendas transitorias, generalmente muy pequeñas y sin aislamiento térmico, (ejemplo de esto fueron los denominados “medio caño” del gobierno del general Onganía). El argumento ofrecido en este caso era que la incomodidad de este tipo de viviendas los llevaría a buscar un lugar mejor donde vivir, cosa que por lo general no sucedió. Durante el último gobierno militar (1976-1983) no habría relocalización, sino una política denominada “Programa de Erradicación de Villas” de la Ciudad de Buenos Aires. Entre 1976 y 1982, la topadora se convirtió en el símbolo de un procedimiento mediante el cual el gobierno arrasaba con las viviendas de los “villeros” para, en el mejor de los casos, “arrojarlos” al Gran Buenos Aires. Todavía hoy los pobladores de la periferia de Uriarte recuerdan los camiones que llegaban de la Capital Federal trayendo a la gente y los pocos pertrechos que portaban. Por ello, tanto las “villas” como los “villeros” seguirían creciendo en toda el área metropolitana, y en Uriarte, una de las ciudades preferidas por los camiones del Ejército enviados por el intendente de Buenos Aires brigadier Osvaldo Cacciatore.

De este modo, cuando en 1983 Duhalde asumió la intendencia del municipio de Uriarte, el primer gobierno democrático después de siete años de dictadura, sostuvo como principal “proyecto político” el de la Regularización de Tierras. Entonces designó a Ernesto Santillán como responsable del “Proyecto de Tierras”. Este abogado de 30 años organizó un equipo de abogados, arquitectos y dirigentes “villeros”. Además convocó a un historiador y a un sociólogo para que estudiaran el tema de las “villas” y escribieran, para su difusión en publicaciones de distribución gratuita, sobre la importancia histórica, social y política del problema de Tierras en el Gran Buenos Aires. Mientras los profesionales del equipo tenían asignado el trabajo de “regularización dominial y urbana”, los dirigentes “villeros” estaban encargados de “organizar” y “movilizar” a su gente para que apoyara las propuestas de los funcionarios políticos. De esta forma, el rango de la dependencia municipal fue creciendo rápidamente en los primeros años del gobierno de Duhalde hasta alcanzar la categoría de Subsecretaría de Tierras y Viviendas.

Si, por un lado, los funcionarios querían darle continuidad a la política de Tierras llevada adelante por la gestión democrática anterior (1973-1976), por el otro buscaban diferenciarse radicalmente del “Programa de Erradicación de Villas” del gobierno militar. El “Proyecto de Tierras” municipal tenía por objeto terminar con la orientación

de las políticas públicas, implementadas desde la aparición de las primeras “villas” en la década de 1940 (Torres, 1993:21) pues, exceptuando los gobiernos peronistas, la “erradicación” había sido la respuesta estatal dominante al problema (Ratier, 1973:99).

Para los funcionarios de Duhalde, el problema de Tierras afectaba a casi toda la población de Cuartel IX°. Desde el centro de la ciudad, la periferia era señalada siempre “atrás” del Camino Perón, donde la tierra era altamente propensa a las inundaciones provocadas por el crecimiento del río Matanza. Desde los “villeros” propiamente dichos, estos ocupantes ilegales de parcelas, hasta quienes habían conseguido pagar todas las cuotas de su lote y no podían escriturar, pasando por los estafados en su buena fe, daban buena cuenta de la extensión del problema de Tierras.

Si bien, técnicamente hablando, no todos eran “villeros”, lo que nos interesa aquí es que la definición de los funcionarios políticos se correspondía con la definición social de la “villa” sostenida por los “vecinos” de la ciudad. El paisaje urbano que comenzaba una vez que cualquiera cruzaba el Camino Perón era tan contrastante con el que uno dejaba atrás, que no hacían falta grandes disquisiciones para encontrarse en medio de una “villa”: viviendas de material sin terminar y sin pintar, otras construidas con chapas de zinc o de cartón; barro desparramado por veredas y calles; calles de tierra o de pavimento desmejoradas e inundadas; en fin, el panorama no hacía más que degradarse conforme uno se alejaba del centro.

Durante la década de 1980, la extensión y densidad de las “villas” siguió creciendo considerablemente en el Cuartel IX° tanto por efecto de las ininterrumpidas migraciones internas, como por desplazamientos internos propiciados por la contracción del aparato represivo durante la democracia. El asentamiento de incesantes olas de recién llegados continuó toda la década hasta agotar la tierra vacante de Cuartel IX°¹². En el contexto de este aumento de la población desplazada, los funcionarios de Tierras de Uriarte trataron de manejar y controlar los asentamientos de manera de garantizar la “regularidad” de lotes, manzanas y calles, y también su adquisición por los ocupantes. Los parámetros de regularidad eran los de la ciudad argentina: una traza urbana formada por manzanas cuadradas de 100 m por 100 m, y lotes cuya superficie promediaba los 300 m².

A efectos de alcanzar tal meta, difícil considerando la enorme diferencia en el trazado urbano de las villas y el tiempo que llevaba aproximarlos a él, mediante el “Proyecto de Tierras” los políticos locales produjeron un protocolo de contactos y procedimientos mediante el cual, como señalaban Duhalde y Villegas en sus discursos, podrían “dignificar” a los “villeros”. Tal fin convertía la cuestión villera en una causa

política, pues llevarle “dignidad” a los “villeros” era la manera de salvarlos de la “miseria” y la “marginación” a la que habían sido históricamente sometidos. El “Proyecto de Tierras” reunía un conjunto de convicciones y principios sostenidos en torno a la deuda moral que la sociedad tenía con los “villeros”, en tanto una serie de actividades conectaba a los funcionarios de “Tierras” con ese ideal. Los funcionarios de mayor jerarquía trabajaban incansablemente y transmitían a los demás su compromiso con la causa, y ese sacrificio sin el cual no era posible alcanzarla. De este modo, las actividades de Tierras, las que implicaban un rango de encuentros cotidianos entre funcionarios “villeros” y no “villeros”, y sobre todo entre funcionarios y “villeros”, se convirtieron en prácticas cuya validez se consagraba en el hecho de encarnar la “dignificación villera”. Para ello, el funcionario Ernesto Santillán y su equipo mantenían un contacto diario con los “villeros” en las “villas” o en el Palacio Municipal, dándoles un trato preferencial frente a la indiferencia o rechazo que hasta entonces habían recibido. Este “proyecto político” imaginaba a los “villeros” como su comunidad política de referencia y al mismo tiempo borroneaba el límite que separaba a “políticos de villeros”, tanto por permitirles a estos últimos ingresar a la carrera política como por perpetuar espacios de contacto en los cuales la distinción centro/periferia quedaba impugnada. De este modo, la profesionalización de los políticos a mediados de la década de 1980 se definía en Uriarte con la inclusión de los “villeros” no sólo en la militancia sino también en la función pública y la carrera política.

El “arraigo villero” y la profesión de “político” {TC "El Proyecto de Tierras y el desarraigo"}

“Asentar la familia es erradicar la miseria” era la frase con la que los funcionarios de Tierras encabezaban publicaciones, proyectos de ley, ordenanzas y otros escritos del “proyecto”. En ella expresaban la convicción que hacía de la política una actividad con sentido, orientada por la creencia en la posibilidad de alcanzar ese ideal. Con ella también desafiaban las prácticas y discursos de las políticas precedentes, pues “asentar” y “arraigar” eran categorías metafóricas que ubicaban la causa de la “miseria” en la “relocalización” y “erradicación” compulsivas. En su inversión de los términos, era la “erradicación” sistemática de los “villeros” de la ciudad la que en rigor había contribuido a incrementar la “miseria”. Es decir que la transitoriedad de esos “proyectos políticos” ahondaba la pobreza y el desplazamiento de una población cada vez más

numerosa. En suma, sin poder “echar raíces” en Buenos Aires la marginalidad y la miseria crecían, según este argumento.

De ese modo, los “políticos” de Tierras se oponían desde un rincón del Gran Buenos Aires al peso de la transitoriedad en el tratamiento y destino de los “villeros” en el Área Metropolitana de Buenos Aires. En el Cuartel IX° de Uriarte, más del 80% de los pobladores no eran propietarios de la tierra en la que vivían. La variedad de situaciones de tenencia de tierra “irregular” había potenciado el “desarraigo” de estos migrantes en la ciudad. La falta de estabilidad y permanencia en la tierra urbana era para ellos la explicación principal de su “marginación”, pues el “desarraigo” no motivaba a los “villeros” a esforzarse en mejorar y cambiar sus condiciones de vida. La única posibilidad de revertir esta situación era ayudarlos a obtener el título de propiedad, un primer mojón en el camino de su “arraigo”.

Los funcionarios de Tierras reconocían, del mismo modo que las teorías de la marginalidad de la década de 1950, que la población migrante de las provincias a la metrópolis de Buenos Aires portaba un “desarraigo” originario y natural producido por las dificultades para adaptarse a la vida urbana. Era de suponer que sus valores culturales se hubieran diferenciado aún más después de los gobiernos de facto de las décadas de 1950 y 1970, cuando fueron expulsados por la fuerza hacia otros sitios. Claramente, para los funcionarios de Tierras, el Estado no peronista había tenido una responsabilidad directa en la intensificación del problema del “desarraigo” y la “marginación” de las “villas”.

Entre 1983 y 1990 los procedimientos para “arraigar” a los “villeros” en Uriarte tuvieron una dimensión “técnica” y otra “política”. La primera comprendía las distintas modalidades de compra de la tierra por el Estado provincial o municipal: expropiación y adquisición. La dimensión política consistía en la “promoción de la organización” y “movilización de los villeros”. Con este objeto habían sido incorporados los siete militantes políticos “villeros” al “Proyecto de Tierras”. En verdad, para los funcionarios y militantes, una sólida organización de los “villeros” permitiría sostener su compromiso con el “Proyecto”, y conseguiría la implementación del plan. Sin duda, el “Proyecto de Tierras” estaba inspirado en las bases programáticas de la DESAL (Center for Latin American and Social Development), que promovía la integración de los marginales mediante la participación, ya que el desarrollo económico se había comprobado insuficiente; “un cambio sin revolución” era el principio axiomático de esta corriente (Perlman, 1976:122).

Las leyes de expropiación fueron el instrumento preferido por los “políticos” para dar solución al “desarraigo”. La expropiación suponía la precedencia del derecho ganado por el poseedor pacífico de un bien considerado indispensable para la vida, frente al poseedor rentista. Contaban con un antecedente, al que algunos de ellos habían contribuido en el breve gobierno peronista municipal de 1973 a 1976: la Ley de Expropiación de Villa Bañados. Como en este caso, los proyectos de ley de expropiación presentados en la década de 1980 permitían incluir una o más centenas de manzanas. Los barrios: Rivera, Facundo Quiroga, El Faro, El Progreso y Juan Manuel de Rosas fueron incluidos en proyectos de ley de expropiación de tierras con el objeto de que, una vez que las tierras fueran propiedad del Estado provincial, sus ocupantes se las compraran a un valor que contemplaría la ausencia de infraestructura urbana preexistente, y el esfuerzo ya invertido por los pobladores para mejorar el barrio.

Para los funcionarios de Tierras, la mayoría de los pobladores de Cuartel IX° iba a encontrar solución a su problema a través de las leyes de expropiación, mientras una minoría lo haría a través de lo que los funcionarios de Tierras denominaban “compra directa” y “compra indirecta” de los “villeros” a los propietarios. En el primer caso, los “villeros” compraban directamente al propietario con la participación de los funcionarios de Tierras en la negociación, y en el segundo, el municipio compraba al propietario para luego vendérselo a los pobladores. Los dos barrios en los cuales se había optado por estas formas llevaban horas, días y meses de reuniones entre “villeros” y funcionarios, funcionarios y propietarios, y funcionarios municipales y provinciales. Las exigencias prioritarias en estos casos eran de “organización” más que de “movilización”. Sin embargo, a ellos también se los convocaba a la ciudad de La Plata en solidaridad con los “villeros” afectados por las leyes de expropiación. Los “vecinos” de las “villas” tenían, para los “políticos”, el derecho de opinar sobre cómo cambiar el barrio. Era correcto hacerlos partícipes del proceso, lo cual implicaba que aceptaran el desplazamiento de cercas e incluso de partes de viviendas de chapa o madera, en pos de la delimitación de los terrenos y las manzanas en la forma correcta. En ambos casos, los dirigentes “villeros” eran quienes más asiduamente manejaban el contacto con los demás pobladores.

Las “movilizaciones” de los “villeros” fueron el recurso político de los funcionarios de Tierras para promulgar los proyectos de ley de expropiación. Durante cinco años, aproximadamente, todos los miércoles que hubiera sesión en la Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires, donde se tramitaban las leyes, los dirigentes “villeros” se

“movilizaban” a La Plata, la ciudad capital de la provincia de Buenos Aires. De los siete dirigentes, dos eran los encargados de “organizar” las “movilizaciones”. Esteban y Jorge, “dirigentes villeros” de El Faro, organizaban incansables reuniones periódicas en todos los barrios y en el Palacio Municipal. Para “armar las movilizaciones” debían: averiguar si efectivamente había sesión, llamar a los micros, buscar a la gente y viajar unos 40 km hasta La Plata. En torno de esta actividad central se realizaban otras como: la convocatoria a los “compañeros” a la “movilización”, la organización de las salidas y las llegadas, el traslado a los barrios y las reuniones con los pobladores designados como “asesores” del intendente en el tema de “tierras”. Por lo general desarrollaban estas actividades fuera del horario municipal, por la tarde o por la noche, durante la semana, o los fines de semana, cuando los pobladores disponían de tiempo libre.

Los micros iban a los barrios para recoger a los “villeros” y luego se concentraban en el Palacio Municipal de Uriarte, recogían a los funcionarios de Tierras y partían rumbo a La Plata. La capital de la Provincia de Buenos Aires estaba a más de una hora y media de viaje en ómnibus, a lo que se agregaba una media hora desde los barrios hasta el Palacio Municipal. Generalmente permanecían allí toda la tarde y luego regresaban a la noche. Una vez que llegaban a la Cámara de Diputados provincial, desembarcaban en la calle, y con bombos, redoblantes y pancartas, entre cantos y gritos solicitaban la inmediata sanción de las leyes de expropiación. Mientras en el interior de la Cámara los funcionarios negociaban el tratamiento de los proyectos de ley.

En menos de dos años Esteban y Jorge fueron recompensados con cargos jerárquicos (jefatura de división y departamento respectivamente) dentro de la estructura municipal, por su trabajo político, pero esperaban que el avance de las leyes les diera mucho más. Ellos no eran los únicos que habían alcanzado el rango de funcionarios municipales, había dirigentes “villeros” que habían alcanzado a mediados de la década de 1980 el rango de directores municipales por su trabajo en otros barrios. Sin embargo, Esteban y Jorge tenían la esperanza de que la concreción de las leyes de expropiación les permitiría un “crecimiento político” mayor que el de sus compañeros. Las movilizaciones a La Plata les permitían entrar en contacto con muchos “villeros” y sus líderes, y funcionarios tanto municipales como provinciales, tratando el problema desde la raíz, lo cual los diferenciaba de otros funcionarios “villeros”, preocupados básicamente por su propio barrio. De este modo, el crecimiento político de Esteban y Jorge era difícil de dissociar de la causa “villera”.

Asimismo, la presunción de desorganización de los “villeros”, una evaluación moral que derivaba de la falta de cohesión del desarraigo, colocaba a quienes demostraban la capacidad de organizarlos en una posición diferencial respecto de su propio grupo de pertenencia. Por un cierto tiempo, y hasta que Mauro Villegas les “cortó las piernas”, esto les permitió “crecer políticamente”.

Crisis del “Proyecto de Tierras” y el “arraigo” como causa nacional{TC "Crisis del Proyecto de Tierras y el arraigo como causa nacional"}

Ahora pues, desde 1988 el “Proyecto de Tierras” comenzó a verse en serias dificultades para satisfacer las expectativas creadas. En las elecciones anteriores el peronismo había desplazado al radicalismo del gobierno de la Provincia de Buenos Aires, pero la gestión del gobernador peronista Antonio Cafiero no mejoró las condiciones de negociación política con las autoridades municipales. Para los funcionarios de Tierras no había “voluntad política” en el gobierno provincial para tomar las decisiones necesarias para sancionar los proyectos de expropiación en danza; tampoco para cambiar algunas normativas que impedían subdividir grandes parcelas de terreno, bajo el argumento según el cual su inundabilidad impedía la urbanización. Generalmente, los “políticos” explicaban ésta, y otras dificultades, como el resultado de “internas”, conflictos facciosos con otras agrupaciones peronistas en competencia por el poder.

Pero lo cierto es que las convicciones de los políticos orientadas a conseguir el “arraigo” de los “villeros” comenzaron sobre el final de la década de 1980 a colisionar con algunas consecuencias de las acciones que esa búsqueda provocaba. Primero, porque, como señalamos, el “arraigo” era cada vez más difícil de alcanzar, segundo, porque las previsiones fundadas en el problema de las “internas” parecían estar lejos de ser suficientes. Ambos factores enfrentaban a los “políticos” con la difícil y esquivada cuestión de asumir la responsabilidad sobre las consecuencias de sustentar tales convicciones. Principalmente, la presión de esas consecuencias operaba sobre dos ámbitos: primero aquel que provocaba el enfrentamiento de los políticos municipales y provinciales con los vecinos representados por los propietarios y las inmobiliarias; y segundo, el hecho de que en este contexto las posibilidades de “crecimiento político”, ya no sólo de los dirigentes “villeros”, sino también de los funcionarios, comenzaba a verse seriamente amenazada.

Ciertamente, a medida que la posibilidad de “arraigar” a los “villeros” se acercaba, aumentaba el conflicto con los funcionarios provinciales. Su renuencia a aprobar las leyes o evitar su reglamentación estaba directamente ligada a: las dificultades del Estado provincial para financiar la expropiación; la tensión con los “vecinos” del centro, pues éstos se quejaban de que el dinero del municipio fuera hacia quienes no pagaban los impuestos, es decir los “villeros” de Cuartel IX°; el hecho de que muchos “vecinos” propietarios de la tierra en cuestión serían expropiados; y el avance incesante de un discurso neoliberal favorable al ajuste del gasto fiscal y la renuncia del Estado a la intervención en el mercado. Desde todo punto de vista, el “proyecto político” tendía fundamentalmente a reducir la diferencial de poder entre “vecinos” y “villeros”: porque acercaba a estos últimos a la vecindad y promovía su “crecimiento político”; y porque ampliaba la competencia por el crecimiento político a los “villeros”, en un escenario social y político que los volvía más despreciables y prescindibles como comunidad histórica de referencia.

En suma, cuando los “políticos” chocaron con la valoración -propia y ajena- de las consecuencias que implicaban sus principios y convicciones sobre el “arraigo”, el “Proyecto de Tierras” entró en crisis. Aún así, los funcionarios de Tierras, encabezados por Villegas, evitarían con sus evaluaciones morales admitir el fracaso definitivo de esta causa política. Las prácticas posteriores reflejarían un esfuerzo desesperado por sostener su validez. La interrupción de las movilizaciones a la ciudad de La Plata ponían en evidencia los intentos de Villegas por maniobrar en este contexto, sin renunciar por completo a sus convicciones, pero limitando de hecho el poder de los “dirigentes villeros”.

Mientras Duhalde preparaba desde su cargo de diputado nacional su candidatura a vicepresidente de la Nación, Villegas, primero como intendente interino en reemplazo de Duhalde y luego como diputado nacional (1987-1991), siguió “conduciendo” el “Proyecto de Tierras”, mientras el intendente Ávila gobernaba el municipio. Como líder de la agrupación peronista local “Patria y Lealtad” y mano derecha de Duhalde, Villegas condujo este “proyecto político”, incluso desde su cargo de legislador nacional. Villegas nunca dejó de conversar las grandes decisiones con Duhalde, quien tenía la última palabra cuando se trataba de definir algún cambio de rumbo, o el reconocimiento de cualquier militante por medio de su ascenso en la jerarquía municipal.

Así, en 1989 Villegas comunicó la decisión de relevar al subsecretario de Tierras. Allí dejó a Roberto Vélez, un abogado de 30 años sumamente ambicioso y exitoso,

mientras Duhalde, Villegas y Santillán se jugarían la última carta para sostener el “Proyecto de Tierras” convirtiéndolo en un problema nacional localizado en el área metropolitana. Consideraban que convertido el “arraigo” en una causa nacional tendrían la posibilidad de manejar las internas provinciales que impedían el avance del “proyecto” “desde arriba”. Una vez más las consecuencias de la implementación de expropiaciones urbanas a escala nacional no fueron tomadas en cuenta por este grupo de dirigentes políticos. Su percepción del escenario, orientado por convicciones que indicaban cómo hacer política y para quién hacerla, le indicaba que ésto era posible. Como se ve, cierta evaluación moral del comportamiento político justificaba y orientaba las prácticas de quienes sostenían con ello una forma de ser “políticos” a favor de y con los desplazados.

De manera que, en la campaña política de la fórmula presidencial Menem-Duhalde le fue encomendado a Santillán formar los “equipos de trabajo del presidente Menem” para el diseño de su política de tierras y vivienda. De la mano de Duhalde, el entonces candidato a vicepresidente trasladaría junto a Villegas el modelo municipal al gobierno nacional. En el trayecto, sólo consiguieron dar el nombre “Programa Arraigo” a la política nacional de tierra y vivienda dirigida a los sectores más “postergados” de la población urbana (Lezcano, 1997:3). No pudieron alcanzar la esperanza de asumir la dirección política una vez en el gobierno. Cuando Carlos Menem asumió la presidencia y Eduardo Duhalde la vicepresidencia, el “Plan Arraigo” fue confiado a Miguel Ángel Lico y a Claudia Bello, miembros de un grupo de militantes con “intensa actividad política en las ‘villas’ aún antes de 1983” (Lezcano 1997:13) y más próximos a Menem. El programa se aprobó en mayo de 1990 con una retórica semejante al “Proyecto de Tierras” uriartense, pero sustancialmente distinto en su contenido.

El “Programa Arraigo” sólo afectaba las tierras fiscales del Estado nacional. El propósito era transferir las tierras ocupadas por “villas”, o relocalizar a sus pobladores en las tierras fiscales vacantes. Esto evitaría los conflictos con los propietarios, haciendo de ésta una política aparentemente más viable que la sostenida por los políticos uriartenses. Para éstos la diferencia era crucial, por lo cual sus pretensiones de expandir la política de Tierras se vieron frustradas. Con esta política como marco general, no podrían abordar la mayoría de las situaciones de la población “villera” de Uriarte, pues les hubiera exigido, contrariamente al “arraigo”, el traslado de contingentes de “villeros” a otros sitios. Las tierras fiscales para ese destino no eran suficientes, y ellos se habían pasado varios años promoviendo el “arraigo” de “villeros” sabiendo que, en

su mayoría, eran ocupantes de parcelas de propiedad privada. Con lo cual la mayoría de éstos verían frustradas sus esperanzas, y en poco tiempo una lucha interminable y casi perdida contra los desalojos sería la única tarea a la que se verían compelidos como gobernantes.

No obstante, en tanto peronistas, los funcionarios municipales debían contribuir a sostener la esperanza de los “desarraigados” frente al regreso del peronismo al gobierno nacional, pues esa esperanza les había permitido a ellos ocupar sus puestos y augurar una carrera hacia el ascenso político indefinido. Desde luego, en estas circunstancias también su propia carrera política estaba siendo minada, ya que la posibilidad de alcanzar la función pública nacional de la mano de Duhalde se vio amenazada e interrumpida. A raíz de ello, las convicciones sobre la bondad de esa causa se debilitaron. El sacrificio por los “villeros” dejó de tener fundamento, puesto que los políticos de Tierras comenzaron a valorar los “costos políticos” de sustentarla. Por consiguiente, fue la valoración de las consecuencias negativas que la causa del “arraigo” imponía sobre la carrera política, frente a la dificultad que el “proyecto” demostraba para transformar las condiciones de vida de los “villeros”, la razón por la cual tambalearon. Las evaluaciones morales que fundaban el “Proyecto de Tierras” iniciaron entonces un progresivo viraje a partir del cual los funcionarios y militantes “villeros” estarían forzados a dejar la carrera política. El proceso en cuestión se extendió entrada la década de 1990, profesionalizando a los políticos de manera de orientar sus acciones a una comunidad de “vecinos” de la cual los “villeros” quedarían excluidos, pero fundamentalmente afianzando los lazos entre quienes pudieran esgrimir un conocimiento técnico y disciplinar. Claramente, la construcción de estas barreras así, como la configuración de otras prácticas morales, expulsarían a los “villeros” de la carrera política¹³.

El ocaso del “arraigo” como convicción y la gestación de una “clase política”

Llegamos entonces al comienzo de este artículo: Mauro Villegas debía convencer a los dirigentes “villeros” que ya habían sido incorporados a la jerarquía política, y reconocidos con cargos oficiales, de que las “movilizaciones” a La Plata eran cosa del pasado. Para Esteban y Jorge ésto era inaceptable, pues las expectativas de miles de personas, su propio poder pero fundamentalmente el “Proyecto” que los había reconocido y situado en el campo político comenzaban a desvanecerse.

Inicialmente, los dirigentes se negaron a aceptar la orden de Villegas. Durante los primeros dos meses trataron de “movilizar” por su cuenta, pero fueron perdiendo apoyo. Ya no dispondrían de ómnibus para el traslado y el costo del boleto de tren no podía ser afrontado por los “movilizados”. Esteban y Jorge optaron entonces por distanciarse del “Proyecto” y dejaron de concurrir a la Subsecretaría de Tierras. Jorge llevó a su familia a la Provincia de Entre Ríos, de donde era oriunda su mujer. El Faro ya no era para él un lugar para que crecieran sus hijos, ya que la violencia y la pobreza no dejaban ver un futuro promisorio. Al cabo de unos meses, Esteban “arregló” su situación con Villegas, pero la falta de orientación del “Proyecto” no le permitiría ya trabajar como militante. Al poco tiempo se le inició un sumario administrativo por incumplimiento de deberes como funcionario público. Lo habían denunciado por cobrar coimas para la tramitación del registro de conductor expedido por la municipalidad.

Desde 1990 las “movilizaciones” dejaron de ser los mecanismos de construcción de la política uriartense. En su lugar, un tipo de encuentro dominó la actividad cotidiana de lo que quedó del “Proyecto de Tierras”: las “reuniones”. A mediados de 1990 la Subsecretaría de Tierras y Viviendas organizó un congreso en el Palacio Municipal, al que fueron invitados todos los pobladores “villeros”, los funcionarios de tierras de los municipios del Gran Buenos Aires, ministros, secretarios y legisladores provinciales. Villegas aprovechó la ocasión para advertir públicamente a los “villeros” y a sus líderes que el tiempo de las políticas de “arraigo” estaba llegando a su fin. Ya no sería posible la sanción de nuevas leyes de expropiación. De ahí en adelante, Tierras se encargaría de encontrar la manera de implementar las leyes ya sancionadas, pues el gobierno provincial no tendría fondos para llevarlas a cabo. Mientras tanto, señalaba Villegas, deberían buscar entre todos, incluidos los “villeros”, nuevas formas de resolver el problema de la tierra.

Mientras Santillán emprendía, a fines de 1989, su retirada de la política migrando a la Patagonia argentina, a un sitio donde la belleza natural de las montañas y bosques eran asociadas por él y algunos de sus colaboradores con una suerte de paraíso terrenal alejado de las presiones de la ciudad. Roberto Vélez, desde su cargo de subsecretario de Tierras clausuraba la permeabilidad de los funcionarios municipales a los “villeros” cambiando el acceso cotidiano de éstos a las oficinas de directores y subsecretarios por el ingreso de distinguidos abogados pertenecientes al Colegio profesional local. En varias oportunidades posteriores, Duhalde intentó atraer a Santillán a la función pública, quien no resistiría la política en los nuevos términos. A fines de la década de 1990 se

sabía que seguía recluido en una casa a orillas de un lago del sur argentino, que había abandonado la política y también la profesión de abogado, y que una misteriosa enfermedad, que casi acaba con su vida, lo había dejado muy debilitado y avejentado con tan sólo 40 años.

Por el contrario, Vélez no tenía entre sus convicciones e ideales el compromiso con el problema de Tierras que había caracterizado a su antecesor. Estaba ahí para hacer su propia carrera política y aferrarse demasiado a viejas convicciones se lo impediría. El dinero, la búsqueda de distinción y de distancia con los “villeros” sería su forma de manejar el “Proyecto de Tierras”. En este esquema, los “villeros” fueron quedando afuera del Palacio Municipal y de la política. La oficina se transformó: “otra gente” empezó a frecuentarla. Señores de elegante saco y corbata, y mujeres muy elegantemente vestidas contrastaban con la ropa gris de quienes habitualmente transitaban por Tierras. Los “villeros” y sus dirigentes dejaron de ingresar a las oficinas, y los funcionarios se retiraron de las habituales y frecuentes reuniones que solían hacerse en las “villas”. Ya no “bajarían” a los barrios de Cuartel IX° como lo habían hecho durante de la década de 1980.

Para los “políticos”, la vida política y social comenzaba a pasar por el centro de Uriarte. Como vicepresidente de la Nación, Duhalde había llevado a numerosos colaboradores al gobierno nacional y se preparaba para conquistar primero la Provincia de Buenos Aires (fue elegido gobernador para el período 1991-1999), y luego la presidencia de la Nación (1999; no alcanzó esta meta)¹⁴. Esta ampliación del horizonte para los políticos uriartenses alimentó la opción de constituirse en una clase política con un nuevo estilo de vida. Los barrios ingleses de Uriarte, Hardfield y Seafield fueron elegidos como lugar de residencia de muchos de sus colaboradores, entre ellos el presidente de la Cámara de Diputados provincial, Eduardo Mércuri, y de la Cámara de Diputados nacional, Alberto Pierri. Las escuelas bilingües inglesas alojarían a los hijos de estos políticos en la década posterior. Progresivamente, su profesionalización se tradujo en su separación de los “villeros”, y la adopción del modo de vida del núcleo de “vecinos” establecidos que formaban la elite de Uriarte.

En tal sentido, al mismo tiempo que Duhalde se mudaba de su casa pequeña, a unas pocas cuadras, a uno de los edificios más caros de Uriarte, florecía en su entorno un área residencial ya no de casas -ahora demolidas-, sino de pisos, semipisos y departamentos de categoría en propiedad horizontal. En su nuevo hogar realizaba las reuniones con los políticos que lo seguían, tanto del ámbito nacional, como provincial y

local. La consolidación del grupo como “clase política” y la adopción progresiva del modo de vida de las elites vecinales locales comenzaría a contrastar con el “proyecto político” que en gran medida les había permitido a muchos de ellos llegar a su posición actual. Los “políticos” peronistas urriartenses, que en ningún caso salían de las elites locales, comenzaban a emularlas aproximándose a ellas. Los “políticos” que durante la década de 1980 habían optado por los desplazados intentando achicar la brecha que los separaba de los “vecinos”, comenzaban a cambiar su propio modo de vida y adoptar los valores del núcleo simbólico del *establishment* local, a veces con escasa moderación. En tanto, los dirigentes “villeros” ya no podrían aspirar a participar de carrera política alguna, pues éstas habían quedado interrumpidas junto al “proyecto político” que los tenía como comunidad política de referencia.

La profesionalización de los “políticos” y la imaginación de la “vecindad” como comunidad de referencia política

Según señala Wolfgang Schluchter siguiendo a Max Weber, en política, las evaluaciones morales exigen la presencia de un valor de convicción pues una acción orientada únicamente por resultados no es moral (Schluchter, 1996:61). Ahora, como indiqué, el hecho de que la valoración de los resultados sea un componente más de la acción no significa que las convicciones desaparezcan. Éstas entran en un proceso de redefinición donde la moralidad no desaparece, sino que las evaluaciones que la contienen se redefinen. Para comprender este movimiento, del peso de las convicciones al de los resultados y a la redefinición de las convicciones, es necesario considerar, como lo hicimos, el universo de valoraciones disponibles y las relaciones de poder que suponen.

El proceso analizado nos muestra que las convicciones que fundaban la causa “villera” sucumbieron a la amenaza que, sobre la profesión de “político”, tenían las acciones de éstos a favor de los “villeros”, desplazados. La valoración de esta amenaza tuvo consecuencias sobre el posicionamiento de los “políticos” en esa relacional de poder que en Uriarte daba sentido moral a la profesionalización de los políticos. Efectivamente, la permanencia y crecimiento de algunos “políticos” corría el riesgo de pulverizarse de continuar defendiendo a los “villeros” en un contexto de crecimiento político aparentemente ilimitado. Esto conmovió dos elementos: la imaginación de la comunidad de referencia “villera” que tales convicciones sustentaban, y el lugar de los “villeros” en la división del trabajo político (Bourdieu, 1989). Su desplazamiento de la

carrera política fue el reverso de la valorización de convicciones y valores relativos a un patrón de vida cosmopolita, liberal y experto propio de la conversión de los políticos uriartenses en un tipo de profesional consustanciado con los establecidos. De este modo, superaron su anterior fusión y compromiso con los “villeros” y con la transformación de sus condiciones de vida.

La casi inmediata revalorización del “vecino” como categoría política de la década de 1990, parte sustantiva de las nuevas convicciones, creció sostenida por un nuevo “proyecto político”, denominado “Proyecto Uriarte”, que a ese grupo de “políticos” les permitió gobernar Uriarte hasta 1999. Sin “villeros” aspirando a la sucesión de los cargos municipales, el *establishment* político local fundó su superioridad moral para ejercer el gobierno, en el saber experto y consolidado de las ciencias sociales, de cuyas filas provenían muchos de los funcionarios. Claramente, contribuyó al sentido de la profesionalización política en Uriarte la atmósfera creada por el gobierno del presidente Menem a favor del *establishment* nacional. Este apoyo era contradictorio con un apoyo al sentido tradicional de la comunidad de referencia política peronista, de la cual los “villeros” habían formado parte sustantiva. No obstante, la posibilidad de sostener al “vecino” como categoría política genérica carente de cualquier referencia a la desigualdad social y política, convirtieron a la política en un problema moral. “Villeros” y “políticos”, antes miembros de una misma comunidad imaginada, ostentarían diferencias sustanciales e insalvables en sus estilos de vida, a cambio de imponer la vecindad como una comunidad imaginada de referencia poco convincente.

Consideraciones finales

Así como en el sitio y período analizado la profesionalización de los políticos desdibujó el valor político de los “villeros” a favor de los “vecinos” establecidos¹⁵, es de suponer que procesos comparables hayan ocurrido en ciudades próximas. Pero para comprenderlos es necesario atender primero a la relación entre las diferentes categorías de actores que están en cada tiempo y lugar habilitados para acceder a la carrera política, y las de quienes no lo están; y segundo, analizar los procesos mediante los cuales se entablan las luchas que definen dichas categorías y, por consiguiente, la expulsión o inclusión de agentes en ellas.

He sostenido a lo largo de este artículo que lo que se ha dado en denominar “identidades políticas” resulta de tales lógicas. Justamente, preguntarnos por cómo los “políticos” son atravesados por tales relaciones y definen su profesión en contextos

generales como el de la continuidad democrática y la impronta menemista en otras ciudades del Gran Buenos Aires, nos aproxima a entender esa lógica como parte del proceso de división del trabajo político. Así como esa asociación, propia de la década de 1980, entre la profesionalización de los “políticos” y la salvación de los “villeros”, dividía el trabajo político de un modo relativamente simple, dado que se podía ser “villero” y “político” al mismo tiempo¹⁶; durante la década de 1990 los recursos de distinción provenientes de las ciencias sociales tal como la reiterada referencia a Jürgen Habermas para defender el “Proyecto Uriarte” y la adopción de estilos de vida propios de la elite local orientarían el nuevo rumbo de la profesionalización política¹⁷.

La última reflexión concierne a las posibilidades de intercambio entre la sociología política, la politología y los estudios etnográficos de la “política” que se abren a partir de definir los procesos y valoraciones que podrían explicar la variabilidad y homogeneidad de los vínculos políticos en un área determinada. La posibilidad de comparar depende no tanto de la utilización de conceptos teóricos similares, sino de enfoques que incorporen las identidades en procesos, situaciones y valoraciones de carácter relacional. Como se ha visto, la confianza y énfasis en conceptos como el de “marginalidad” o de “exclusión” tiende, sistemáticamente, al desconocimiento de las relaciones que cotidianamente los reproducen. La transformación de las identidades políticas es la punta de un ovillo que tiene a la redefinición de la profesionalización del político como una de sus contrapartes. Entonces, conviene primero adoptar un punto de vista crítico sobre los conceptos funcionales al universo de las políticas públicas, pero que atienden uno de los términos de la relación: los pobres, los villeros, los excluidos, o los grupos vulnerables; y segundo, suspender la crítica normativa sobre la clase de políticos que queremos, para entender las clases cambiantes de políticos que derivan de la emergencia de nuevas categorías políticas y la desaparición de las otras.

¹ En la Argentina, José Nun (2000) planteó esta cuestión en *Democracia: gobierno del pueblo o de los políticos* desde un punto de vista absolutamente teórico. Según afirma, con la intención de contribuir a clarificar el sentido de las democracias latinoamericanas, lejos de donde han surgido originalmente. Véase como la interrogación que el título plantea pone el problema de la profesionalización de los políticos como separación progresiva de éstos respecto del pueblo, y a su alternativa como un gobierno donde el mismo pueblo se gobierna a sí mismo.

² Los estudios sobre los nuevos movimientos sociales desarrollados durante la transición democrática en la Argentina -como el de Elizabeth Jelin (1985)- son antecedentes de esta perspectiva, que denominamos autonomista.

³ Uso el concepto de comunidad imaginada siguiendo la definición de Benedict Anderson (1993), pero en la línea de demostrar las variaciones subnacionales de la misma.

⁴ Una comprensión cabal de este fenómeno nos remite al mecanismo de *reconocimiento* de los seguidores por sus líderes, mediante el cual se reconfigura la profesión política junto a la redefinición del perfil de sus miembros (Frederic, 2004:133-162).

⁵ Las primeras elecciones en las que participó el Movimiento Peronista fueron las de 1946, cuando el general Perón alcanzó la presidencia de la Nación, pero éstas no tuvieron alcance municipal.

⁶ Las “villas” resultan de la toma de tierras o usurpación: la ocupación de lotes fuera de los procedimientos legalmente establecidos.

⁷ Los principales estudios antropológicos sobre el prejuicio villero y los conflictos sociales y políticos resultantes en la Argentina son: Hugo Ratier (1973); Esther Hermitte et al. (1983); Victoria Casabona y Rosana Guber (1985) y Rosana Guber (1991).

⁸ En Uriarte, entre el 70% y el 87,3% de los jefes de hogar nacidos fuera de la Provincia de Buenos Aires (ya sea extranjeros como de otras provincias) se concentran en la periferia de esta ciudad. De éstos, el 80% provienen de otras provincias, mientras un 10% lo hacen de países limítrofes (Fuente: Informe sobre Desarrollo Humano en la Provincia de Buenos Aires, Honorable Senado de la Nación 1997: 126 y 146).

⁹ Como demuestra Archetti (1999) algunas de las actividades que se desarrollaban en estas instituciones, como el fútbol, habían sido criollizadas, pero otras fueron usadas como instrumentos de distinción, dado su supuesto carácter auténticamente inglés.

¹⁰ Si bien a fines del siglo XIX el fútbol fue introducido y practicado en la Argentina por clubes ingleses (Archetti, 1999:48), desde hace ya varias décadas no forma parte de los deportes practicados por sus socios ni tampoco por los estudiantes de los colegios ingleses.

¹¹ El problema de la estigmatización villera es analizado por Guber (1991) como un estereotipo asociado a la construcción de la subalternidad de los sectores populares en la Argentina.

¹² Según datos del censo de 1991 la población del área periférica de Uriarte era de 208.312 habitantes, el 36% de la población de la ciudad (aún no contamos con datos desagregados por fracción correspondientes al censo 2001).

¹³ En *Buenos vecinos, malos políticos: moralidad y política en el Gran Buenos Aires* (2004) analizo este proceso en detalle hasta finales de la década de 1990.

¹⁴ Duhalde se convirtió en Presidente luego de la renuncia de Fernando De la Rúa tras los episodios de diciembre de 2001, por la elección de la Asamblea Parlamentaria a comienzos de enero de 2002 y hasta la asunción en mayo de 2003 de Néstor Kirchner.

¹⁵ Este vínculo entre políticos y villeros inspiraba la permeabilidad de los valores de los establecidos y de los desplazados, lo que disminuía la posibilidad de que los villeros se alejaran de las actitudes, creencias y valores de los vecinos y se transformaran en una suerte de *underclass* (Maxwell, 1993:240).

¹⁶ Por ese tiempo una de las historias que solía mencionarse para dar cuenta del perfil de Mauro Villegas era el hecho de haber residido durante un largo tiempo en una de las villas de Uriarte, antecedente que reforzaba esta imbricación entre “villero” y “político” propia de la década de 1980. Durante la de 1990 ya se hablaba de lo que Villegas había robado, de la casa que se había construido en uno de los barrios centrales de la ciudad.

¹⁷ Para la discusión en torno de la formación de subclases y guetos véase William Wilson (1987) y Loïs Wacquant (2001).

Bibliografía citada

ANDERSON, B. (1993): *Comunidades Imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México, Fondo de Cultura Económica.

ARCHETTI, E. (1999): *Masculinities: Football, Polo and the Tango in Argentina*. Oxford, Berg. *Masculinidades: Fútbol, Polo y Tango en Argentina*, Buenos Aires, Antropofagia, 2003.

AUYERO, J. (1997): “Evita como Performance: Mediación y Resolución de Problemas entre los Pobres Urbanos del Gran Buenos Aires”, en: Javier Auyero (ed.): *¿Favores por votos? Estudios sobre clientelismo político contemporáneo*, Buenos Aires, Losada, pp. 176-217.

_____ (2001): *La política de los pobres: Las prácticas clientelistas del Peronismo*. Buenos Aires, Manantial.

BOURDIEU, P. (1989): “A Representação Política: Elementos para uma teoria do campo político”, en: Bourdieu, P., *O Poder Simbólico*, Rio de Janeiro, Bertrand Brasil, pp.162-207.

CASABONA, V. Y GUBER, R. (1985): “Marginalidad e Integración: Una Falsa Disyuntiva”, en: Leopoldo Bartolomé (ed.): *Relocalizados: Antropología Social de las Poblaciones Desplazadas*, Buenos Aires, Ediciones IDES, pp. 145-164.

ELIAS, N. (1998) [1976]: “Ensayo Teórico sobre las Relaciones entre Establecidos y Marginados”, en: Norbert Elias: *La Civilización de los Padres y Otros Ensayos*, Bogotá, Editorial Norma, pp. 79-138.

FREDERIC, S. (2004): *Buenos vecinos, malos políticos: moralidad y política en el Gran Buenos Aires*, Buenos Aires, Prometeo.

GERMANI, G. (1973): *El Concepto de Marginalidad*, Buenos Aires, Nueva Visión.

GUBER, R., (1991): “Villeros o Cuando Querer no es Poder”, en: Ariel Gravano y Rosana Guber, *Barrio Si, Villa También*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, pp. 11-62.

HERMITTE, E., BOIVIN, M., et. all (1983): “Análisis Sociocultural de Dos Comunidades del Gran Buenos Aires: impactos externos y autogestión”, Buenos Aires, FLACSO.

HONORABLE SENADO DE LA NACIÓN (1997): *Informe sobre Desarrollo Humano en la Provincia de Buenos Aires*, Buenos Aires.

HOWELL, S. (1997): “Introduction”, in: Howell, S. (ed): *The Ethnography of Moralities*, Londre, Routledge pp. 1-22.

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICAS Y CENSO, (1991): *Censo Nacional de Población y Vivienda*, Indec, Buenos Aires.

_____ (2002): *Censo Nacional de Población y Vivienda*, Indec, Buenos Aires.

JELIN, E. (1985): *Los nuevos movimientos sociales*, Buenos Aires, CEAL.

LATTES, A. E. Y LATTES, S. R. (1992): “Auge y Declinación de las Migraciones en Buenos Aires”, en: Raúl Jorrot y Ruth Sautu (eds.), *Después de Germani. Exploraciones sobre la Estructura Social de la Argentina*, Buenos Aires, Paidós, pp. 176-196.

LEVITSKY, S. (2001): “Organization and Labor-Based Party Adaptation. The Transformation of Argentine Peronism in Comparative Perspective”, *World Politics*, 54, pp. 27-56.

_____ (2002): “Una desorganización organizada: estructura y dinámica interna de la organización partidaria de base del peronismo contemporáneo”, *Política y Gestión* N° 3: 2002, pp. 31-78.

LEZCANO, J. (1997): “La Política de Radicación de *Villas* en la Capital Federal”, en: *Serie de Estudios* N° 16, Buenos Aires, Centro de Estudios para el Cambio Estructural.

MAXWELL, A. (1993): “The Underclass, ‘Social Isolation’ and ‘Concentration Effects’: ‘The Cultural of Poverty’ Revisited”; *Critique of Anthropology*, Volumen 13, nro. 3, pp. 231-245.

NEIBURG, F. (1992): “O 17 de Outubro na Argentina: espaço e produção social do carisma”, *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, Volumen 7, nro. 20, pp. 70-89.

NUN, J. (2000): *Democracia: ¿Gobierno del Pueblo o Gobierno de los Políticos?* Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

PERLMAN, J. (1976): *The Myth of Marginality: urban poverty and politics in Rio de Janeiro*, Berkeley, University of California Press.

PHÉLIPPEAU, E. (2001): “Sociogênese da Profissão Política”. Em: Garrigou, A. e B.Lacroix (eds) *Nobert Elias a Política e a História*, San Pablo, Editora Perspectiva, pp.185-208.

RATIER, H. (1973): *Villeros y Villas Miseria*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

SCHLUCHTER, W. (1996): *Paradoxes of Modernity: Culture and Conduct in the Theory of Max Weber*, Stanford, Stanford University Press.

SVAMPA, M. Y PEREYRA, S. (2003): *Entre la ruta y el barrio: la experiencia de las organizaciones piqueteros*, Buenos Aires, Biblos.

TORRES, H. (1993) *El mapa social de Buenos Aires (1940-1960)*, Buenos Aires, Facultad de Arquitectura y Diseño.

WACQUANT, L. (2001): *Parias urbanos: marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*, Buenos Aires, Manantial.

WEBER, M. (1998) [1919]: “La política como vocación”, en: Max Weber, *El Político y el Científico*, Madrid, Alianza, pp. 80-180.

WILSON, W. J. (1987): *The Truly Disadvantaged*, Chicago, University of Chicago Press.